

## DOS MUJERES EN LA VIDA DE GARCILASO: GUIOMAR CARRILLO Y BEATRIZ DE SÁ

M.<sup>a</sup> del CARMEN VAQUERO SERRANO\*

IES Alfonso X el Sabio. Toledo

### *Doña Guiomar Carrillo y el hijo ilegítimo de Garcilaso*

Hasta el año 1998 todos quienes habíamos estudiado la vida del poeta Garcilaso de la Vega, teníamos en la mente un nombre de mujer, el de la portuguesa Isabel Freyre, de quien se nos había enseñado que había sido el gran amor del lírico. Pero, un día del mes de marzo de 1998, revisando documentos del siglo XVI en el Archivo del Conde de Cedillo, en Madrid, encontré un escrito notarial de 1537, que iba a descubrirnos la existencia de otra dama (hasta entonces desconocida) en la biografía del poeta. No se trataba de una mujer sin importancia, sino de la madre de Lorenzo, aquel hijo no nacido de su matrimonio, para quien Garcilaso, en su testamento de 1529, había establecido la siguiente cláusula:

Don Lorenzo, mi hijo, sea sustentado en alguna buena universidad y aprenda ciencias de Humanidad hasta que sepa bien en esta facultad; y después, si tuviere inclinación a ser clérigo, estudie Cánones, y si no, dése a las Leyes; y siempre sea sustentado hasta que tenga alguna cosa de suyo.

Pues bien, el documento que aquella tarde leí asombrada (una donación de bienes de la madre de ese niño a su propio hijo), comenzaba así:

In Dei nomine. Amén. Sepan cuantos esta carta de donación y mejora vieren cómo yo, doña Guiomar Carrillo, hija de los muy magníficos señores Hernando de Ribadeneira y doña Teresa, su mujer, difuntos, que sean en gloria, vecinos de la ciudad de Toledo, digo que, por cuanto yo, siendo como era mujer libre y no desposada ni casada ni monja, ni persona de orden ni religión, tuve amistad del muy magnífico caballero Garcilaso de la Vega, hijo de los muy magníficos señores don Garcilaso de la Vega, comendador mayor de León, y doña Sancha de Guzmán, ya difuntos que hayan gloria, vecinos que fueron de esta dicha ciudad. Entre mí y el dicho Garcilaso hubo amistad y cópula carnal mucho tiempo, de la cual cópula carnal yo me empreñé del dicho señor Garcilaso, y parí a don Lorenzo Suárez de Figueroa, hijo

---

\* M.<sup>a</sup> del Carmen Vaquero Serrano es autora, entre otras obras, de *Garcilaso, poeta del amor, caballero de la guerra*, Madrid: Espasa Calpe, 2002.

del dicho señor Garcilaso y mío, siendo asimismo el dicho señor Garcilaso, hombre mancebo y suelto, sin ser desposado ni casado al dicho tiempo y sazón...

El texto, de una rotundidad pasmosa, no dejaba lugar a dudas o interpretaciones: el poeta Garcilaso, durante su soltería, había mantenido trato carnal prolongado con una joven llamada doña Guiomar Carrillo, de la noble familia toledana de los Ribadeneira, y de aquellas duraderas relaciones, que se pueden situar entre 1519 y la primera mitad de 1525 (el poeta se casará en el verano de este último año), había nacido el primogénito de Garcilaso, a quien su padre había puesto uno de los nombres más ilustres de su familia paterna, Lorenzo Suárez de Figueroa.

Pero ¿quién era esta joven, que, según afirma en su donación realizada ante un notario y dos sacerdotes, sintió una gran pasión por el poeta («por el mucho amor que yo tuve al dicho señor Garcilaso»)?

Guiomar Carrillo pertenecía a una noble familia, una de las cinco (Ribera, Zúñiga, Ayala, Cifuentes y Ribadeneira) más señaladas de Toledo en el siglo xv y principios del xvi. Su abuelo fue el mariscal de Castilla y señor de Caudilla, Fernando de Ribadeneira, personaje clave del reinado de Enrique iv, y los padres de la joven se llamaron Hernando de Ribadeneira y Teresa Carrillo. La familia poseía una espléndida fortaleza en la localidad toledana de Caudilla, cerca de Torrijos. Pero, en concreto, la rama Ribadeneira-Carrillo habitaba en una casa del barrio toledano de Santa Leocadia, en la misma parroquia donde vivían los Laso de la Vega.

Garcilaso y Guiomar se debieron de conocer siendo niños, probablemente iniciaron su relación amorosa hacia 1519 y su hijo Lorenzo quizá naciera en torno a 1520. ¿Por qué no se casaron el poeta y la dama? No tengo ninguna explicación documental, pero, como hipótesis, he sugerido que entre ellos pudo interponerse la sublevación de las Comunidades. No olvidemos que vecinos de doña Guiomar y Garcilaso fueron Juan de Padilla y su esposa, doña María Pacheco, ambos cabezas de comuneros. ¿No sería Guiomar Carrillo también comunera? ¿Negaría el emperador Carlos v su permiso para que uno de sus caballeros contrajese matrimonio con una de las sublevadas? Fuera lo que fuese, lo cierto es que Garcilaso no se casó con Guiomar, sino que en el verano de 1525 realizó un matrimonio, hoy diríamos que políticamente más correcto, con una dama de la corte llamada doña Elena de Zúñiga, que sería la madre de sus hijos legítimos.

Doña Guiomar desaparece en la historia y solo hace su reaparición en noviembre de 1537, una vez muerto Garcilaso (fallecido en octubre de 1536), para, desde su retiro en el toledano pueblo de Novés, la localidad más próxima al castillo de los Ribadeneira, hacer una importante donación a su hijo Lorenzo, a fin de que pudiera vivir más honradamente y casarse a su gusto. Parece claro que doña Elena de Zúñiga, viuda del poeta, no estaba cumpliendo con la cláusula testamentaria de su marido en la que había establecido que se sustentase y diese estudios a su hijo prematrimonial.

*La muy posible Elisa de Garcilaso: doña Beatriz de Sá*

Pero, a mí —como a cualquier lector de Garcilaso— no se me ocultaba que en la trayectoria sentimental del poeta había habido otro gran amor que de ningún modo podía ser el de doña Guiomar Carrillo, dado que la nueva dama, objeto de las ilusiones del lírico, era portuguesa y habría de fallecer de parto en Toledo en vida del propio escritor, esto es, antes de 1536. Y en cambio, doña Guiomar era toledana y nos consta que sobrevivió al poeta. Luego si Garcilaso se había enamorado de una joven nacida en Portugal y fallecida antes que él, forzosamente había de tratarse de una señora distinta de doña Guiomar.

De sobra es conocido que desde el Brocense en 1574 hasta los más eruditos profesores de nuestros días han sostenido que la Elisa de las églogas no era otra que la lusitana Isabel Freyre, dama que llegó a España en 1526, en el séquito de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos v. Así las cosas, en más de cuatrocientos años solo habían existido —que a mí me consten— tres o cuatro voces plenamente discrepantes, opiniones de investigadores (Goodwyn, Waley, Darst) que habían manifestado su idea de que la historia de amor entre Garcilaso e Isabel Freyre carecía de fundamento y de que a ellos les parecía un simple mito, eso sí difundido con gran éxito por todos los manuales de literatura.

Puesta sobre aviso por tales estudiosos acerca de la inconsistente y acaso errónea identificación de Elisa con Isabel Freyre, proseguí mis labores de investigación centrándome en el entorno familiar del poeta. Y un buen día, planteé a otra investigadora amiga mía la pregunta que me iba a poner en el camino de descubrir posiblemente quién era en realidad la mujer que el lírico había ocultado bajo el nombre poético de Elisa. La pregunta que formulé fue esta:

¿Por qué a la segunda esposa de don Pedro Laso, el hermano mayor del poeta, unos estudiosos la llaman Beatriz y otros Isabel?

En los siguientes días, mi compañera y yo —sin haber consultado por entonces las genealogías portuguesas, ni haber podido hacernos con un artículo de Jacintho Peres, obras que, desde un principio, nos hubieran aclarado la cuestión— nos dedicamos a tratar de hallar en los archivos españoles nuestra propia respuesta. Y la encontramos en el testamento de don Pedro Laso, de 1550, en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, donde el caballero declara que doña Beatriz de Sá había sido su segunda mujer y que había fallecido hacía años; y que doña Isabel de Sá, que aún vivía a mediados del siglo XVI, era su tercera esposa. Mas, ¿qué relación había existido entre aquellas damas? ¿Eran parientes? ¿Acaso tía y sobrina? En este caso, la solución nos la dio el testamento de doña Isabel de Sá, la tercera esposa de don Pedro, que localizamos en el Archivo Diocesano de Toledo. En él Antonia Ríos y yo comprobamos cómo la señora encargaba unas misas en memoria de doña Beatriz de Sá, su hermana. Luego quedaba claro que don Pedro Laso había contraído segundas y terceras nupcias con dos hermanas de igual apellido, de ahí la confusión de ciertos investigadores.

Pero además de aclararnos el muy cercano parentesco entre ellas, doña Isabel, en sus últimas voluntades de 1574, aportaba un dato que habría de resultar fundamental para mis ulteriores investigaciones. Se deducía del testamento de doña Isabel que su familia tenía vinculación con Ponta Delgada, en la isla de San Miguel en las Azores, porque en la iglesia parroquial de aquella ciudad se hallaban sepultados sus padres. Por tanto, no quedaba la menor duda de que las Sás —según su apellido ya indicaba— eran portuguesas, como tantas otras damas que llegaron a Castilla a raíz de la boda de Carlos v.

El paso siguiente parecía lógico. Si estas señoras se llamaban Sá y habían nacido en tierras lusitanas, con toda probabilidad estaban emparentadas con el poeta portugués Francisco Sá de Miranda, también —como se sabe— amigo de Garcilaso, conocedor profundo de su vida e imitador de su obra; y por tanto, yo debía releer los poemas del escritor luso. Y fue entonces, al llegar a los versos finales de la égloga *Nemoroso* —compuesta por Sá de Miranda en 1537, al año de morir Garcilaso— cuando advertí que la alusión ya conocida a un vínculo entre los Laso y los Sá se enlazaba acto seguido con el nombre de Elisa, algo en cuya trascendental significación ninguno de los investigadores que me habían precedido ni yo misma habíamos reparado antes. Porque, si no me equivoco en mi interpretación, en aquellos versos el poeta portugués afirma que Elisa —la amada platónica del toledano— era una Sá, hacía un tiempo muerta, por la que se habían visto unidas las familias —o pastorilmente «apriscos»— de los Laso y los Sá. Copiaré la parte inicial de tan definitiva estrofa, para cuya mejor interpretación debemos recordar que el caballero —«pastor»— Pedro Laso, tras la guerra de las Comunidades en la que había participado activamente, se refugió o buscó abrigo en Portugal para no perder la vida y allí sobrevivió. Sá de Miranda le dice a Garcilaso, llamándolo Nemoroso:

Al muy antiguo aprisco  
de los Lasos de Vega  
por suerte el de los Sás viste juntado.  
Si cae el mal pedrisco,  
abrigando se allega  
y canta ende el pastor, huelga el ganado.  
Elisa, el tu cuidado,  
que acá tanto plañiste,  
por muerte (¡ay suerte!) falta,  
plañiéndola en voz alta,  
¿quién no plañió después do la subiste? (vv. 518–528)

¿Quién era, pues, la Elisa de los Sá —o, dicho de otro modo, *la Sá*—, unida a un pastor Laso y ya fallecida para 1537, a la que Garcilaso de la Vega había llorado tanto? Creo que la respuesta es fácil.

Desde el momento en que di con esta que considero clave fundamental para la trayectoria poética de Garcilaso, mis investigaciones sobre doña Beatriz de Sá discurren a ritmo vertiginoso. Partí de inmediato hacia las Azores y lo que allí descubrí

sobre el linaje de nuestra protagonista, sobre su propia vida y cómo doña Beatriz fue cantada por los poetas portugueses es lo que a continuación sintetizo.

Doña Beatriz de Sá desciende, por su lado paterno, de una princesa aborigen canaria (Teguisse Guanarteme) y de uno de los conquistadores de aquellas islas, los Betancores franceses. Por la rama materna, es bisnieta o tataranieta de João Rodrigues de Sá, un famoso héroe portugués apodado *el de las Galeras*. Sus padres se llamaron Gaspar de Bettencourt y Guiomar de Sá. Tras su matrimonio en la corte, la pareja marchó a la isla de San Miguel y allí fueron padres de seis hijos, entre ellos cuatro niñas, dos de las cuales se llamaron doña Beatriz y doña Isabel de Sá, segunda y tercera esposas de don Pedro Laso respectivamente.

Resumiré ahora la biografía de nuestra dama. Pero antes destacaré que, de entre los numerosos datos que he reunido acerca de doña Beatriz, el que más llama la atención es el relativo a su extraordinaria belleza. El principal historiador de las Azores cuyos manuscritos he manejado, un sacerdote azoriano de nombre Gaspar Frutuoso (1522–1591), aunque no llegó a conocer a Beatriz, dejó escrito sobre ella que, según decían, era «la más hermosa mujer que se halló en Portugal». Este rasgo de lo llamativamente guapa que era doña Beatriz habrá que tenerlo muy presente a la hora de plantear los sentimientos de Garcilaso ante una mujer tan preciosa y que habría de vivir con él y con su familia en Toledo y en la misma casa.

Doña Beatriz de Sá nació probablemente entre 1495 y 1500, casi con plena seguridad en la isla azoriana de San Miguel. Se debió de trasladar muy niña al continente, y ahí comienza a trazar su corta biografía Gaspar Frutuoso, quien dice de ella en palabras que traduzco:

Doña Beatriz de Sá [...] fue dama de palacio, en tiempos del rey don Manuel [...]. La cual doña Beatriz se crió con el rey don João III, y marchó con la Princesa [Isabel] de Portugal, cuando casó con el emperador Carlos V. Y en el camino, siendo ella muy privada de la princesa, don Pedro Laso de la Vega, el que participara en las Comunidades de Castilla con [...] Juan de Padilla, andando fuera de la gracia del dicho Emperador, que por aquella circunstancia le había requisado su hacienda y alcaldías y todo su señorío, viendo que por la privanza de doña Beatriz le podría ser devuelto, pensó casar con ella, lo cual se efectuó. Y por ella le fueron tornadas las villas de Arcos, Batres y Cuerva, y otras de las que antes era señor. Estando casada con él se trajo con ella [...] a su hermana doña Isabel, segunda hija de Gaspar de Bettencourt, por dama de la Emperatriz, [... Y murió] doña Beatriz sin tener hijos de don Pedro Laso.

Y más adelante añade:

Gaspar de Bettencourt tenía [...] una hija, de nombre doña Beatriz (que dicen ser *la más hermosa mujer que se halló en Portugal*); era dama de la reina, la mujer del rey don Manuel; marchó a Castilla con la Emperatriz, donde casó con don Pedro Laso, y mandó ir de esta isla a doña Isabel, su hermana.

En efecto, don Pedro Laso, por haber sido comunero, se hallaba refugiado en Portugal desde 1522 y allí consta que lo visitó un hermano suyo —posiblemente Garcilaso— en 1524, año en que el caballero huido, viudo de su primera mujer, estaba ya en tratos para contraer nuevas nupcias con una joven de la corte lusitana. El embajador Zúñiga, en carta de 26 de julio de 1524, escribía a España que:

Don Pedro Laso andaba públicamente en la corte y en [el] palacio [lusitanos...] y que hablaba *de casarse con una dama y tenía consigo un hermano suyo*.

Hoy sabemos con seguridad que la doncella en quien Pedro, el antiguo comunero, había puesto los ojos hacia el verano de 1524 no era otra que la bellísima doña Beatriz de Sá. Y cabe preguntarse ¿fue en aquella su supuesta visita a Portugal cuando también se enamoró de la isleña el poeta toledano? Añadiré que un tiempo antes ya el lírico portugués García de Resende, al escribir un poema sobre las damas de la corte lusitana, decía de doña Beatriz, en versos que traduzco:

<p>Doutra fermosa molher que laa nação nua ilha nam dyguo mais senam ser muyto grande marauylha.</p>	<p>De otra hermosa mujer que allí nació en una isla no digo más sino ser una grande maravilla. (vv. 201–204)</p>
--	--

Pues bien, con esa maravilla, en el viaje de la emperatriz Isabel hacia España para contraer matrimonio con Carlos V, se casó don Pedro Laso. El enlace de la dama portuguesa con el toledano se celebró la noche del lunes 5 de febrero de 1526, en la lusitana ciudad fronteriza de Elvas, población a la que había arribado el día anterior la Emperatriz con todo su cortejo. El hecho de que don Pedro Laso estuviera perseguido y no pudiera entrar en España explica esta boda en la raya de Portugal. ¿Partió después doña Beatriz acompañando a su señora hacia Sevilla, donde habría de celebrarse su matrimonio religioso con el Emperador? ¿Dejó la recién casada solo a su marido en tierras portuguesas? Probablemente sí. Porque ahora de lo que se trataba era de lograr el perdón para el caballero toledano. Y doña Beatriz —ayudada quizá por su cuñado Garcilaso— lo consiguió, ya que el 13 de mayo de 1526, cuando los soberanos partían hacia Granada para su luna de miel, se otorgó en Sevilla una real cédula a favor del antiguo comunero, en la que, al parecer, decía que:

Por la presente [se] le alzaba el dicho destierro, para que pudiera estar y andar por todas las otras ciudades, villas y lugares de estos reinos [españoles], exceptuando la Corte y la ciudad de Toledo con cinco leguas alrededor.

Es muy posible que, hacia junio de 1526, no pudiendo acercarse a la corte, don Pedro se instalara con doña Beatriz en cualquiera de los señoríos de su propiedad, bien Batres, bien Cuerva, ambos próximos a Toledo. Y asimismo parece lógico que,

gracias a los buenos valedores que en la corte tenía y a la mediación indudable de su mujer ante la soberana, don Pedro viera muy pronto alzados sus destierros, y él con su esposa se trasladara a vivir a sus casas de Toledo en el transcurso de 1527.

¿Qué sintió Garcilaso (casado desde dos años antes) al conocer la nueva de que doña Beatriz de Sá iba a llegar a la ciudad del Tajo y a fijar allí su residencia? La cercanía de aquella mujer extraordinariamente bella, a la que acaso había conocido en Portugal, de quien tal vez se había enamorado y que ahora llegaba a Toledo a vivir en el hogar de los Laso ¿qué pasiones suscitaba en el poeta? ¿Qué sentiría Garcilaso desde la fecha —posiblemente 1527— en que supo que doña Beatriz llegaba a Toledo para instalarse junto con su marido en la casa familiar del barrio de Santa Leocadia?

Pero aquel platónico enamoramiento iba a ver pronto su final, porque conocemos por las poesías de Garcilaso que la bella lusitana morirá pronto en Toledo. ¿Y de qué pudo fallecer una señora joven casada? Pues bien, aunque también lo sabemos por una égloga garcilasiana, lo más normal es que muriera de parto como les ocurría a muchísimas mujeres de la época, si bien la causa podía haber sido cualquier enfermedad o algún accidente como una caída de un caballo. Sin embargo, el hecho de que otorgara testamento —del que he localizado una cláusula— me lleva a pensar que no fue una muerte súbita, sino algo que se vio venir o que parecía ser posible; y también era normal en aquel tiempo que las mujeres que iban a parir, ante los múltiples riesgos del trance, llamaran al escribano o notario para que tomara buena cuenta de sus disposiciones testamentarias por si fallecían en aquellos difíciles momentos. Mas todas las dudas nos las resuelve, como dije, el propio Garcilaso cuando en la *Égloga I* nos cuenta que la dama portuguesa murió al intentar traer al mundo un hijo hallándose el poeta en Toledo. El lírico permaneció muy cerca de ella en las largas horas del parto, oyó sus quejas y peticiones de ayuda y la vio morir ante sus ojos. Les recuerdo los versos de la *Égloga I*:

Verte presente agora me parece  
 en aquel duro trance de Lucina;  
 y aquella voz divina,  
 con cuyo son y acentos  
 a los airados vientos  
 pudieran amansar, que agora es muda,  
 me parece que oigo, que a la cruda,  
 inexorable diosa demandabas  
 en aquel paso ayuda;  
 y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?

Y Garcilaso por boca de Nemoroso, ardiendo de rabia, vuelve a increpar a Lucina:

¡Y tú, ingrata, riendo  
 dejas morir mi bien ante mis ojos!

Como escribe el propio poeta, él oyó gritar a la joven en aquellos críticos momentos y luego ella murió estando él delante. Pues bien, si, como en general y hasta aquí se ha admitido, la referida señora era la lusitana Isabel Freyre, esposa de Antonio de Fonseca, matrimonio en todo caso amigo, pero no de la familia próxima del vate, ¿cómo se explicaría la presencia del poeta en tal parto? En cambio, si la mujer que estaba pariendo era su cuñada, con la que incluso él, su mujer y sus hijos aún convivían en el mismo hogar, ¿no se entendería mejor, primero, que Garcilaso la oyera pedir auxilio a lo largo de todo el terrible trance, porque estaría cerca (tal vez él era el único varón adulto de la familia presente allí, pues su hermano Pedro puede que se hallara ausente); y, segundo, que, advertido por las comadronas u otras mujeres de que la joven se moría irremediablemente, el poeta acudiera a su lado para darle su último adiós y la viera morir? Mas, si se trataba sólo de un amigo de la familia ¿qué hacía él al lado de una parturienta?

Pero lo verdaderamente cierto fue que doña Beatriz murió en plena juventud. Un tiempo después, Garcilaso, en su *Égloga III*, evoca de nuevo la muerte de la pastora Elisa pintándola como una ninfa, cuya vida «había sido antes de tiempo y casi en flor cortada» y finge que ella proclama su propio epitafio, donde la dama alude a la ciudad en que murió, Toledo, como «el monte cavernoso», y recuerda el «mar de Lusitania», acaso una referencia a su lugar de nacimiento, la isla portuguesa de las Azores en medio del Océano donde había venido al mundo doña Beatriz. Aquella delicada y preciosa joven había nacido en el mar lusitano y había encontrado su fin en la montuosa ciudad del Tajo. Hablaba así la ninfa muerta:

Elisa soy, en cuyo nombre suena  
y se lamenta el monte cavernoso,  
testigo del dolor y grave pena  
en que por mí se aflige Nemoroso,  
y llama «¡Elisa!» «¡Elisa!» a boca llena  
responde el Tajo, y lleva presuroso  
*al mar de Lusitania* el nombre mío,  
donde será escuchado, yo lo fío.

Mas ¿cuándo murió doña Beatriz? Indudablemente antes del verano de 1531, porque se sabe que don Pedro Laso, tan pronto como en el estío de ese año, ya andaba en tratos para contraer un nuevo matrimonio con su sobrina viuda doña Mencía de Bazán, conforme se desprende de un interrogatorio efectuado en enero de 1532, en el que se preguntaba:

Si saben que el dicho don Pedro Laso se concertó de casar con la dicha doña Mencía [de Bazán...], y doña Mencía con él, y así lo asentaron...

Luego la fecha de la muerte de doña Beatriz hubo de ser en algún día a partir de 1527 y anterior al verano de 1531 y en un momento en el que Garcilaso de la Vega se

encontrara en Toledo. La joven fue enterrada, casi sin duda, en la parroquia de la villa toledana de Cuerva, señorío de su esposo.

Un tiempo después, probablemente en 1539, doña Isabel de Sá, la hermana de nuestra protagonista, habría de convertirse en la tercera esposa legítima del comunero Pedro Laso. Fallecido en 1536 el poeta Garcilaso, su hermano mayor comenzaba ahora una nueva vida matrimonial. La familia de los Laso se unía de nuevo a la de los Sá, mas este enlace ya no lo pudo conocer el gran lírico toledano.

Pasaré ahora a referirme a los literatos portugueses que cantaron a doña Beatriz. Una vez que tuve pergeñada la vida de nuestra protagonista, me pregunté si los escritores de la corte lusitana no habrían puesto sus ojos en semejante beldad. Y comencé la indagación. Pronto averigüé que a doña Beatriz le había dedicado sus composiciones un nutrido grupo de poetas de los del *Cancionero general* de Garcia de Resende (1516). Y cuando lo revisé, descubrí con asombro que nada menos que veinticinco líricos portugueses habían cantado la belleza de nuestra dama y que casi todos ellos pertenecían a la más alta nobleza, o eran militares y conquistadores. Los elogios a la doncella no tenían fin. Veamos algunos versos aislados que traduzco. Exclamaba Simón de Sousa:

para quien ojos tuvier'  
¡oh mujeres, qué mujer!

No se quedaba atrás Jorge da Sylveira, que afirmaba:

Véngame mal sobre mal,  
véngame lo que vinier'  
venga por esta mujer.

Por su parte, don Rodrigo de Castro advertía a otros caballeros:

Así quien se quiera bien  
y cierto placer quisier'  
huya de aquesa mujer.

Mas lo que a mí más me impresionó —porque era lo que iba buscando— fue que prácticamente todos jugaban en sus composiciones con la sílaba Sá del apellido de doña Beatriz hasta formar incluso el juego de palabras *ela s'a*, del que Garcilaso pudiera haber tomado su propio *Elisa*. Así decía un verso «por *ela s'a* de perder» (= «por ella s'ha de perder»).

Sin duda alguna estos juegos fonéticos con la sílaba Sa venían a confirmar mi hipótesis ya publicada de que el nombre de *Elisa* no era más que un simple y fácil anagrama formado a partir de *la Sá*.

Por último, el profesor Luís de Sá Fardilha, a los testimonios de poetas que yo reuní, ha añadido las menciones que Gil Vicente hizo de doña Beatriz: una en el *Velho da borta* y otra, aún más interesante, en la *Nau de Amores*, donde el autor vuelve a ju-

gar fonéticamente con el grupo *elle sa*. Concluiré con los versos vicentinos, tomados de sus *Obras completas* (Lisboa, 1943, t. IV, p. 90):

Dom Francisco Lobo diz [...]
   
já sei; diz que a Emperatriz
   
lhe levou pera Castella—
   
não sey— será Breatiz? [...]
   
e elle queria-lhe bem
   
e *elle samicas* não na temy
   
e *ella samicas* jay
   
tera lá querença a alguem.

Don Francisco Lobo dice [...]
   
ya sé; dice que la Emperatriz
   
la llevó para Castilla—
   
no sé— ¿será Beatriz? [...]
   
Y él la quería mucho
   
él, por ventura, no la tiene
   
ella, tal vez, ya
   
querrá a otro.